

**Discurso de graduados - Colegio Nacional de Buenos Aires: Promoción
2000. 30/10/2002**

Germán Rosati, en representación del Grupo de Graduados del CNBA

Quizás las preguntas más frecuentes a la hora de confeccionar un discurso, una ponencia, sean: ¿cómo hablar ante tanta gente? ¿De qué manera ganarse su atención y no aburrirlos? ¿Será posible pronunciar palabras con las que todos se sientan identificados?

Bueno, nosotros (y ya van a entender porque usamos la primera persona del plural) quisimos enfrentar esta cuestión desde otro ángulo. Nos pareció más productivo, más desafiante, cuestionamos la significación de este discurso en particular, en el marco en esta particular ceremonia.

Y descubrimos que el mismo tiene características muy dignas de ser resaltadas: el designado para hablar en representación (concepto tan cuestionado hoy en día) de los estudiantes es, para muchos de ellos, presentes hoy aquí (casi sería justo decir para la mayoría de los presentes hoy aquí) un desconocido. También es evidente que ha sido elegido en forma exclusiva (y excluyente) por las autoridades.

Y quisimos cuestionar, problematizar esta tradición (y quizá la palabra suene un poco rígida, fuerte); esta costumbre (y este vocablo nos gusta un poco más). Fue intención nuestra el hacer que este fuera un discurso democrático, horizontal, elaborado sobre un consenso de las bases estudiantiles; y que el orador no fuera más que un simple portavoz de ese mismo consenso, de esa construcción colectiva. Con este fin, hemos convocado a cinco reuniones abiertas a todos, y estas palabras que están ahora escuchando son el fruto del debate y la discusión, que, entre los que acudimos al llamado, en ellas se dio. Es cierto, el llamado no tuvo la repercusión que esperábamos, posiblemente debido a fallas en la convocatoria; pero de cualquier modo pensamos que este discurso es más representativo, que si hubiese sido escrito por solo uno de nosotros.

Así, acaso, estemos astillando, resquebrajando, los cimientos sobre los cuales se funda esta tradición que quizás más adelante pueda ser finalmente derribada; y que el elegido para hablar, para pronunciar este discurso, sea, en un futuro no muy lejano, designado por la totalidad del claustro estudiantil (de acuerdo a los métodos que considere más adecuados).

Pero deseamos ir más allá que la simple crítica al discurso y su sentido. Decidimos, pues, utilizar este mismo símbolo para pensar al colegio y pensándolo, pensarnos a todos nosotros.

Y entonces surge una de las mistificaciones más extendidas, más mencionadas de esta institución: el sentimiento y la consecuente, "cultura de elite" ¿Cuántas veces hemos escuchado (incluso a nosotros mismos) hablar de la "elite intelectual"? ¿No nos ha sido inculcada (no solamente por parte de la estructura misma del colegio) la medieval idea de que somos "aristócratas del saber"? ¿No sabemos todos de memoria que los dirigentes más influyentes, los intelectuales más reconocidos, se han formado en este colegio?

Vernos, oírnos, pensarnos, sentirnos como elite, como casta. Escribir el colegio con mayúscula, o enfatizar el artículo cuando lo pronunciamos. Sabemos que somos parte de una institución histórica en el país, que tiene sus orígenes en el período colonial; conocemos la famosa anécdota que narra como Albert Einstein fue corregido en una conferencia, dictada en esta misma sala, por un profesor del departamento de física. ¿Y qué son estas actitudes, estos relatos heredados, sino falsas joyas que guardamos en el ajuar de nuestra memoria y sacaremos a relucir, acaso, en alguna ocasión especial? Pretensiosas (ya la vez ingenuas) romantizaciones de la "mística", de la tradición (otra vez ese término que nos persigue tenazmente, nos encierra y, casi, nos asfixia entre las paredes de esta institución). *Tradición.*

Todo eso (y más) es la "cultura de la elite" que tiene orígenes diversos. Es fomentada por la misma institución que se encarga de recordarnos a cada momento la historia de estos pasillos y no solamente a través de la palabra directa, explícita; no, tiene métodos más sutiles -véase sino la cantidad de recordatorios, placas, bustos, cuadros que representan a personajes ilustres que de una u otra manera han estado ligados a estos pasillos-; es aceptado por muchos de nosotros, que nos sentimos bien, privilegiados. Y además es fomentada por la sociedad, los medios, la opinión pública, que nos considera una elite; para bien o para mal. Para llenamos de elogios cuando alcanzamos los primeros puestos de alguna olimpiada académica; para denostamos cuando atacamos los sagrados pasillos del colegio, que todo el pueblo paga. Para congratulamos por nuestros saberes; para tildamos de soberbios por esos mismos saberes. En fin, para bien o para mal, para amarnos u odiamos; para felicitarnos o denostamos. Somos vistos como elite; se espera de nosotros que así nos comportemos.

Un filósofo argentino definió, alguna vez, la tarea del intelectual alegando que debe pensar en contra de los privilegios del ser intelectual. Tomemos prestados algunos aspectos de esta definición y adaptémosla a nuestro caso. Quizás debamos hacer algo parecido y pensar, nosotros, en contra de esos privilegios que se nos atribuyen; negamos como elite, para aparecer como iguales, que es lo que realmente somos. Rechazar la reaccionaria idea de nuestra superioridad, que solo se apoya sobre la misma esencia, sobre la historia y la tradición del colegio y comenzar a reflexionar si realmente nos cabe semejante superioridad.

Parece de rigor, llegado este punto, intentar sacar algo en limpio, extraer algunas conclusiones de todo lo dicho hasta aquí. Hemos tratado (a ustedes les toca juzgar si lo hemos logrado) de desnaturalizar, de romper con algunas, al menos, de las idealizaciones inherentes a la institución. Y con esta misma actitud, creemos ver que los dos puntos que hemos tocado (la forma de elección de quién les habla y la "cultura de elite") son productos de una misma pulsión, de un mismo ímpetu. El mismo que permite que los mismos cargos sean ocupados por las mismas personas (de forma casi ininterrumpida) durante dos décadas y, lo verdaderamente grave, que se transformen, casi, en su propiedad; el mismo que mueve la maquinaria burocrático-administrativa que tanto nos oprime en esta institución. La misma energía que permite prohibir aquellos "retrocesos polinesios" -fantástica expresión, antropocéntrica como pocas y llena de intolerancia- de forma unilateral y autoritaria. Es, por último, la misma lógica que brega por la desmovilización de los estudiantes, usando todas las armas a su alcance y que ha llegado a su punto más álgido en estos últimos tiempos con la prohibición de tomar el colegio; ¿Son necesarias más aclaraciones? ¿Debemos seguir enumerando las diversas manifestaciones de la opresiva sensación que se respira en estos pasillos?

Y llegando al final, cerrando estas palabras, quizás quepa pensar que estas habrían sido inconcebibles (o al menos más difíciles de concebir) en otro contexto, en otra situación histórica. En efecto, si aceptamos la idea de que somos seres sociales; si suponemos que la realidad, el mundo, la Historia, en su inexorable marcha nos plantea a nosotros (sujetos) problemas que esperan su resolución; y si nos vemos como sujetos que hacemos nuestra propia historia, pero que, al mismo tiempo, somos productos de ella... Si aceptamos, entonces, esa dialéctica entre la Historia y sus sujetos o - al revés- entre los Sujetos y su historia... En fin, si aceptamos todo eso, ¿cómo entender estas palabras si no es en el contexto de la Argentina del cambio? Esa Argentina que es el

escenario de una nueva tragedia con actores también nuevos: las asambleas populares, el movimiento piquetero, los trabajadores que ocupan y defienden sus fuentes de trabajo. Nuevas formas de ver, sentir, expresar lo político. Esa Argentina en la que la realidad penetra por todos los poros.

Luego de varios amagues, después de retrasar varias veces el inevitable fin, quisiéramos hacer una última consideración: aclarar que nuestro objetivo no se extingue en el acechante punto final. Consideramos que un discurso cualquiera excede a su autor (o en este caso, sus autores) ya su orador y que en verdad es una totalidad que incluye a los que están escuchando. Por eso, no queremos, simplemente, expresar nuestra opinión. Queremos establecer un diálogo con todos que trascienda este espacio, estas palabras, este discurso. Un diálogo que nos permita pensar, incluso más allá de la puerta del colegio que quizá, hoy, atravesemos por última vez. Pensar, pero no por el pensar en sí mismo. Pensar como un momento de la *praxis* transformadora de la realidad; pensar para modificar; pensar para cambiar; pensar para mejorar. Todo eso que es tanto y tan poco. Muchas gracias.